

DE BUENAS LETRAS

# Una señora llamada Encarna

**JOSÉ IGNACIO FERNÁNDEZ DOUGNAC**  
DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

**L**a plaza de la Trinidad era el único lugar del centro de la ciudad que, al paso de las estaciones, se transformaba súbitamente. En diciembre estaba tomada por pavos, gallinas y conejos, y en sus esquinas se agrupaban zambombas, panderos y carrañacas. Durante los días y las noches de verano se levantaban toscas case-tas que cobijaban pilas de melones y sandías. Cuando llegaban las primeras lluvias de otoño, los niños al pie de los plátanos jugaban a la lima, pero las hojas caían con la misma parsimonia de siempre. En los amplios pasillos de las dos naves de La Pescadería se exponían, sobre blancos mostradores de mármol, las oscuras delicias del mar; y las tiendas de La Romanilla ofrecían chacinas, enlatados, carne y verduras. Cada mañana, muy temprano, Encarna entraba en la posada 'El Estudio', situada en el callejón de los Franceses, a recoger su carro que guardaba en uno de los patios; y luego se situaba en algún sitio bien visible del barrio para poner a la venta frutos de temporada, macetas y flores.

Con el paso de los años todo fue cambiando. La Trinidad ha quedado en una plaza tan

agradable y aseada como tantas otras. La Pescadería y La Romanilla son dos espacios públicos invadidos por mesas y sillas al servicio del turista; y en el solar de la posada se levanta un solemne centro cultural. Todo cambió o sencillamente desapareció, menos Encarna, que permanecía inalterable durante las mañanas, frente al puesto de Caramelo, con su carro, su moño alzado y su mandil oscuro, con su toquilla para el invierno y la sombrilla playera para el verano. Y allí nos la podíamos encontrar, día tras día, con su sonrisa acompañada siempre por un expresivo arqueado de ojos. Detrás de esa mirada reposaban todos los secretos de su existencia.

Me gustaba acercarme y comprarle algo, para luego hilar la hebra tranquilamente. Conforme la iba tratando, no me sorprendía tanto la multitud de anécdotas y sucesos que me contaba de ella y su marido, de algunos personajes del barrio o de aquella posada de 'El Estudio'. Lo que me asombraba cada vez más (e incluso lo que mejor retengo todavía en la memoria) era la absoluta normalidad, el sosiego y sencillez con que desgranaba cualquier hecho de su vida, dominada por el

trabajo y las penalidades. Lo hacía sin el más mínimo énfasis, como si todo hubiera transcurrido con la mansedumbre de un meandro. Porque, cuando Encarna me hablaba de su pasado, de sus gozos y sus penas, de sus logros y desdichas, lo hacía con una extraña mezcla de satisfacción, serenidad y ternura. Poseía la audacia de la lucidez y la fuerza salvadora del instinto. Como tantas mujeres de su época, Encarna había sido moldeada con otra arcilla, estaba macerada con la levadura del coraje y la sensatez. Y esta sabiduría no escrita es lo que de seguro ha transmitido a todos los suyos y lo que ha mostrado a los que tuvimos la enorme suerte de conocerla. Estoy convencido de que en el interior de su carro, sin saberlo, sin proponérselo, guardaba algo que no se vende ni está a la vista de nadie, sino que se ofrece a los demás de una manera involuntaria, espontánea, y que se vincula íntimamente con el misterio de la vida, o mejor aún, con una misteriosa actitud de percibir y de regalar vida. Después de que me la encontrara, tenía la convicción de que ella hacía ciertos los versos de Claudio Rodríguez: «Siempre, siempre / la más honda verdad es la alegría». Encarna era toda una señora porque poseía auténtica grandeza.

Unos amigos, no hace mucho, me trajeron a la memoria una imagen de ella. La recree ahora con el colorido intenso de las postales de los sesenta: Encarna en la esquina del hotel Victoria, con delantal blanco y un puesto colmado de brillantes fresas rojas. Y ahí la dejamos con su sonrisa, con su arqueado de ojos, igual que si estuviera recibiendo la luz entusiasmada de la primavera.